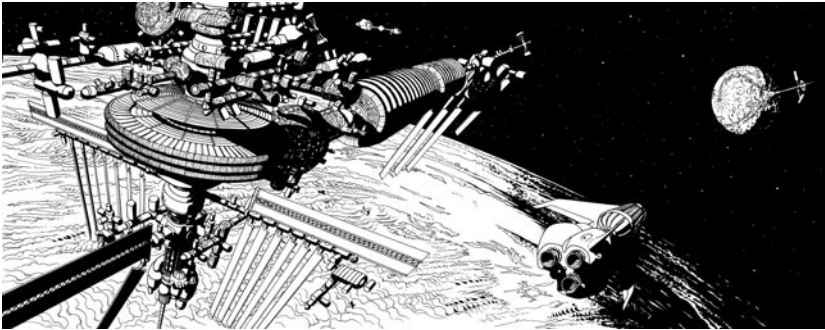


# Adam Blake



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2023

Edición basada en la publicada por Miguel Castellote Editor en 1972

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)


 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José Luis Garci, 1972, 2023

Ilustraciones de © Miguel Navia, 2023



**Comunidad de Madrid** Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

IBIC: FL | Thema: FLP

ISBN: 978-84-19124-57-9

Depósito legal: M-24758-2023

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Adam Blake

José Luis Garci

Ilustraciones de Miguel Navia

Prólogos de Luis Alberto de Cuenca  
y Narciso Ibáñez Serrador







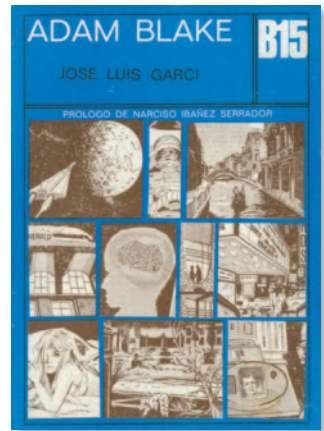
# Índice

Prólogo a esta edición, por Luis Alberto de Cuenca	9
Prólogo a la 1ª edición, por Narciso Ibáñez Serrador	17
<b>ADAM BLAKE</b>	<b>23</b>
Un tipo de antes	29
Mientras Venecia agoniza	39
Film	47
La cabeza de la momia	61
El juego de la muerte	71
El anciano profesor de la Muralla China	87
Nosferatu a la luz de la luna	97
Manchas blancas en la Kaaba	115
Mendigos para la Navidad	123
Un viejo amor	141

# Prólogo a esta edición

Luis Alberto de Cuenca  
Real Academia de la Historia

**L**AS DIEZ HISTORIAS protagonizadas por Adam Blake, el periodista inadaptado del año 2000 que se sacó de la chistera José Luis Garci, aparecieron como número 15 de la colección de bolsillo básica de la firma Miguel Castellote, Editor, en 1972, cuando a su autor le faltaban dos años para llegar a la treintena. Prologaba el libro con su gracejo habitual el por aquel entonces celeberrimo Chicho Ibáñez Serrador. Recuerdo perfectamente la factura externa de los libros de Castellote, su bajo precio, su tamaño, su ilusión revolucionaria. La editorial estaba ubicada en la calle de los Hermanos Miralles, número 32, muy cerca de la tienda de tebeos que don César Cobelo tenía en esa



Cubierta de la primera edición de *Adam Blake*.

misma calle, entre Ayala y Don Ramón de la Cruz. Pero en 1972 yo tenía veintiún años y ya no pasaba por la tienda de don César a completar mis colecciones de *Roberto Alcázar y Pedrín* y de *El Guerrero del Antifaz*, porque me había hecho mayor y andaba por ahí terminando de estudiar Filología Clásica en la Autónoma, publicando *Elsinore*, mi segundo libro de poesía, y tratando de olvidar que Rita Macau había muerto y me había dejado muy solo. Tal vez don César hubiese muerto ya, también, en el 72. Tal vez se había limitado a cerrar la tienda. Aunque creo recordar que su ayudante, un joven espigado muy amable, tomó el relevo del negocio por unos años. Cobelo era ferrolano. Había nacido en 1892, el mismo año que Franco, de quien había sido discípulo. Su comercio de cómics atrasados es para mí una de las visiones más entrañables y gozosas que conservo de mi pasado. Pues bien, la editorial de Miguel Castellote se encontraba muy cerca de ese *locus sacer* que fue y sigue siendo para mí, en la casilla mejor iluminada de mi memoria, el local del comerciante gallego.

*Adam Blake* era el título del libro, y desplegaba en diez relatos autoconclusivos toda la magia que en aquel momento constituía la ciencia ficción para Garci, que fue uno de sus pioneros en España. El libro costaba

30 pesetas y llevaba una serie de viñetas en la cubierta, diez en total, como las historias del libro, dibujadas por Félix Cascajo. En él Garci nos muestra ya, con veintiocho tacos a sus espaldas, esa calidad de página que le haría acreedor en el futuro a premios como el Mariano de Cavia o el César González-Ruano de periodismo. Porque, además de primer Óscar en lengua castellana con *Volver a empezar* (1983) y uno de nuestros más brillantes cineastas, Garci es, acaso por encima de todo, un escritor, alguien que sabe domar las palabras que escoge para que pasen por el aro de la excelencia literaria. Cuando vio la luz *Adam Blake*, ya había publicado su ensayo pionero *Ray Bradbury, humanista del futuro* y su *Bibidibabidibú*, otro libro de cuentos. Su Adam Blake es un personaje que, como los detectives de las novelas negras de Hammett, Chandler y Ross Macdonald, tiene aureola de perdedor, pero sin renunciar a un continuo ejercicio heroico que lo enfrenta a la mediocridad y a la podredumbre cotidianas. Pero hay otro precedente muy claro en la forja de Blake y no es otro que Pat Hobby, la criatura de Scott Fitzgerald, un guionista en decadencia que tuvo mucho éxito en la época del cine mudo y que se convirtió en un alcohólico que vaga por los estudios como un espectro pedigüeño y desesperado.





AMERICAN  
THE P



ICAN  
AND

Pero, atención, no vayan a creerse que Adam Blake es ese tipo de gente. Tiene de Pat Hobby lo justo, que es la pasión que despiertan en el Garci lector los narradores norteamericanos de la llamada Generación Perdida. Ese marbete fue acuñado por Gertrude Stein y popularizado por Hemingway en su novela *Fiesta* (1926), recientemente incorporada al catálogo de Reino de Cordelia en versión de Susana Carral, ilustraciones de Carlos Fernández del Castillo y con un excelente prólogo de Luis Enríquez. A la Generación Perdida pertenecen los ya mencionados y otras figuras irrepetibles como Steinbeck, Faulkner, Dos Passos, Eliot y el grandísimo Pound. Adam Blake y su biógrafo Garci se codean con ese tipo de gente de forma habitual y, sin embargo, ofrecen rasgos diferenciales muy acusados en relación con sus presuntos modelos. Hay en *Adam Blake* un aura popular, un perfume castizo de tinta fresca y espontánea que nos lleva a los tebeos apaisados de Rollán, Valenciana o Bruguera protagonizados por héroes como Jack, Bill y Sam (del FBI, pronunciado *fèbeí*, que así decíamos de niños), como Diego Valor y su pandilla de cosmonautas invencibles, como Suchai el limpiabotas o Purk el hombre de piedra, como los boxeadores Big Ben Bolt y Pacho Dinamita (que no falte el pugilismo en primera fila del

imaginario de Garci)... Como tantos otros miembros del club de la aventura con los que el autor de *Adam Blake* disfrutó en profundidad y a conciencia cuando el mundo y él eran todavía unos niños (Garci continúa siéndolo), y que iban a imprimir, todos sin excepción, su fragmento de huella en la escritura del libro que ahora se reedita.

Madrid, 22 de mayo de 2023

# Prólogo a la 1ª edición

**D**ESGRACIADAMENTE no he tenido hijos. Y digo desgraciadamente porque me gustan mucho los niños. Tal vez por no tenerlos y por haberlos deseado, ahora sepa, no mucho, pero sí algo de pediatría. Sé, por ejemplo, que hay enfermedades que en los niños son tan naturales como la misma dentición; me refiero a los males clásicos del crecimiento. Al niño le dan unas fiebres, se pasa unos días en cama y al levantarse, ¡zas!, ha crecido tantos centímetros. O si no, son las paperas, o si no el sarampión, o la varicela, o la tos ferina...; el resultado final siempre es el mismo: unas décimas de fiebre, unos días sin colegio y la visita obligada a unos almacenes en busca de ropa nueva, porque la que tenía se le quedó pequeña. Y así, con esas enfermedades, el niño se va estirando, estirando, hasta que un buen día se transforma en muchacho y algún tiempo después en

hombre hecho y derecho. A pesar de que cada enfermedad infantil viene seguida del consiguiente estirón, nadie afirmó jamás que fuesen esas enfermedades la causa de que un ser así de pequeñajo creciese y se transformase en hombre.

(Releo lo que acabo de escribir y tengo la completa seguridad de que en este momento ustedes estarán pensando: ¿a qué vienen todas las tonterías que está diciendo este buen hombre en el prólogo de este libro? ... Pues es muy simple: casi todo escritor, para llegar a serlo, ha ido superando pequeñas «enfermedades». Estas enfermedades no son otra cosa que las influencias de otros escritores).

Quien observe la obra de Picasso, empezando por los grandes y asombrosos lienzos realistas que producía a los quince años, hasta los últimos trazos dados hace un mes, observará que el Picasso de hoy es el resultado de un genio más una serie de influencias. Existió un Picasso impresionista, un Picasso cubista, un Picasso expresionista, pero Picasso no plagiaba a Renoir, ni a Braque, ni a Kandinsky, y, hoy en día, Picasso es solo Picasso, el gran monstruo al que todos admiramos.

(Vuelvo a leer lo escrito y, una de dos, o ustedes barruntan por dónde voy o siguen pensando que des-

varío. Pues no, lo que hago es referirme a un hombre, o mejor dicho, a dos: al autor de este libro, mi amigo José Luis Garci, y a Ray Bradbury).

Acabo de terminar de leer esta serie de estupendos relatos reunidos bajo el título de *Adam Blake*. Tras ellos es ya difícil adivinar la sombra de Bradbury, que nunca fue sombra oscura ni amenazante, sino suave, melancólica sombra de porche y mecedora, sombra de estío y vinos viejos.

José Luis Garci es gran admirador de Bradbury, tanto que a él se debe el primer libro escrito en el mundo<sup>1</sup> sobre la vida y obra del autor-poeta de Illinois.

Hace tiempo, bastante tiempo que conozco a José Luis. Es un hombre muy curioso. Cuando habla, inserta un taco cada diez vocablos. Me sería fácil dar a ustedes un ejemplo de su diálogo, pero temo que la tijera de nuestra todopoderosa censura se ponga —¡otra vez!— en actividad. José Luis es delgado, nervioso, habla siempre entregado al tema y siempre también lleno de ilusiones, al tiempo que subraya con constante «taqueo» pensamientos y opiniones. ¿Por qué? Muy simple. Porque José Luis es tímido. Porque José Luis

---

<sup>1</sup> *Ray Bradbury, humanista del futuro*. Editorial Helios, Madrid, 1971. 2ª Edición en Hatari! Books, Madrid, 2021.

es un romántico. Porque José Luis carece por completo de autosuficiencia. En una palabra: porque José Luis es sensible, tierno y sincero, aunque pretenda disimularlo con sus «tacos». Y así como es, así escribe.

Le conocí, repito, hace bastante tiempo. Tal vez por pudor no me dio a leer sus primeros cuentos. Me los contó<sup>2</sup>. Y ya narrándolos se adivinaba el influjo benéfico —sí, benéfico— de Bradbury. Pero hoy, me atrevo a opinar, en la obra de José Luis, Bradbury es solo una influencia que ya ha pasado, como a los niños les pasaron las paperas y el sarampión.

Cuando hablo de influencias me refiero a esas mismas a las que aludía Ravel diciendo: «Todos llevamos en nuestros tobillos la marca de las cadenas de nuestros antepasados artísticos». Hablo de influencias, no de copias, no de plagios. Y así como era fácil, no ya presentir, sino encontrarse cara a cara con el señor Bradbury cuando paseábamos por los cuentos de José Luis, es igualmente sencillo ver ahora que, un poco más allá, es José Luis quien está detrás de Bradbury. Perdón, trataré de explicarme mejor. Estos cuentos no son ya los de un «chico que empieza» más la influencia de un maestro, sino la obra de un escritor con personalidad, con talento, con una gran carga de imagina-

---

<sup>2</sup> *Bibidibabidibú*. Ediciones CuentAtrás, Madrid, 1973.



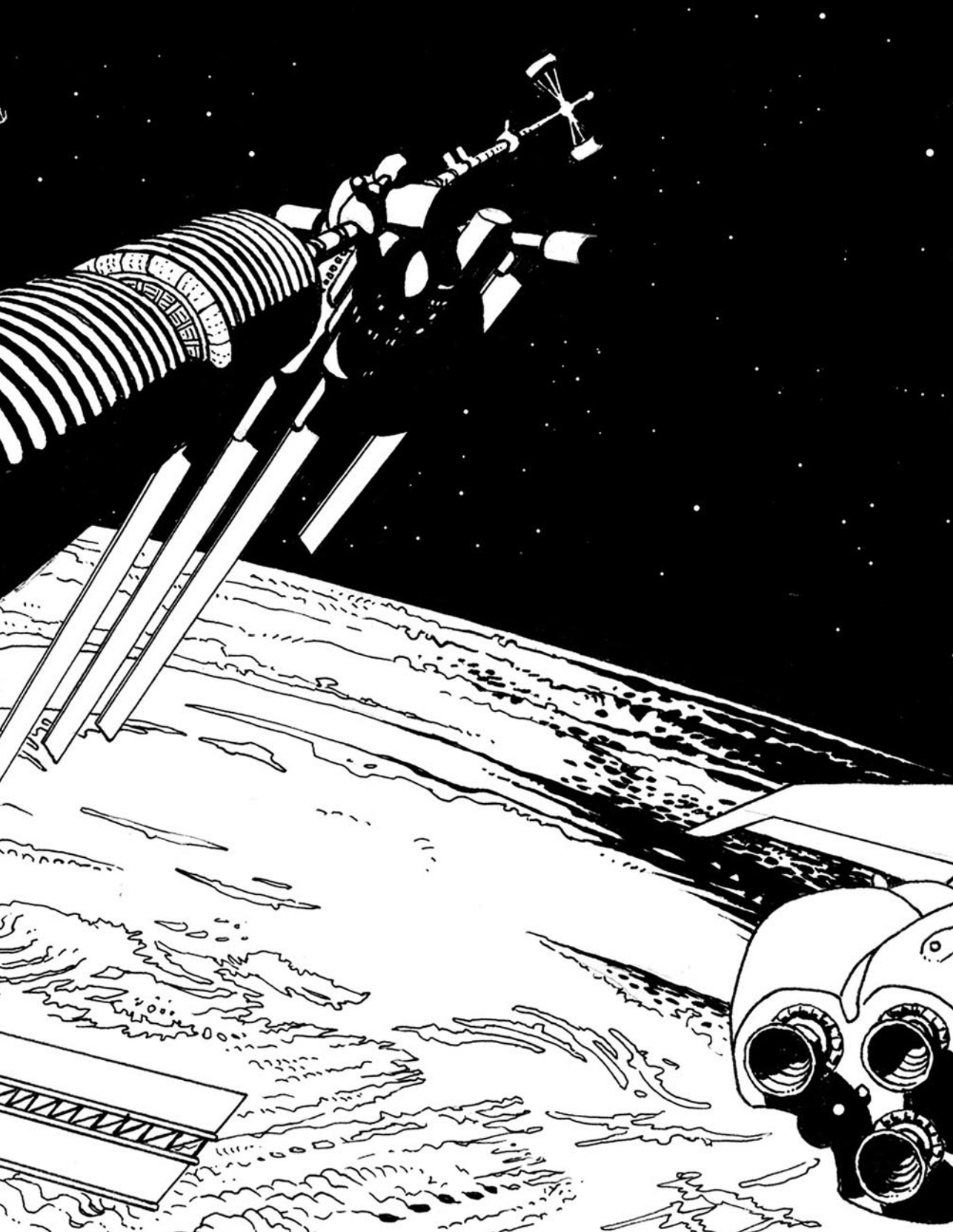
ción y de fantasía, llamado José Luis Garci, que se ha servido, para madurar, de viejos perfumes de su maestro. Como igualmente seguirá madurando con otros nuevos maestros.

No creo equivocarme augurándole a José Luis una carrera de éxitos, carrera que ya comenzó gracias a sus cuentos, sus libros y sus guiones para cine y televisión.



GUARDA, QUERIDO JOSÉ LUIS, guarda con cuidado toda tu sensibilidad, tu sencillez y tu fantasía para seguir, gracias a ellas, cosechando triunfos; pero guarda también, con igual cuidado, todos tus múltiples, increíbles y originalísimos «tacos», para defenderte de aquellos a quienes —no te queda más remedio— molestarás con tus éxitos.

NARCISO IBÁÑEZ SERRADOR  
(1972)





# Adam Blake

José Luis Garci

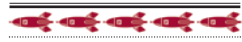
Ilustraciones de Miguel Navia





... Todas las generaciones se pierden por algo, y siempre se han perdido y siempre se perderán...

ERNEST HEMINGWAY  
*París era una fiesta*



A Pedro Dicenta

# Un tipo de antes

**A**DAM TENÍA UN SUEÑO de todos los demonios. No podía decirse que hubiera desaprovechado sus vacaciones. No. Hasta el último minuto había apurado aquellos tres meses de ocio en Nueva Zelanda. Mientras se duchaba, el cuerpo de la maorí —¿Mary-Lou?, ¿Peggy-Lou?... ¡Qué más daba!— se le presentaba, aunque algo borroso, con singular fascinación. ¡Cómo olvidar aquellas duchas que se dieron juntos!... Una mujer así—su cuerpo, sobre todo— no se olvida fácilmente. En la misma rampa de lanzamiento de New Aucklandville ¡se empeñó en hacer el amor!

*Brong.* Sí, la máquina limpiadora de dientes y encías hizo *brong*, y se estropeó. «¡Qué horrible es siempre esto de volver de vacaciones!», se dijo Adam.

La mesa del desayuno comenzó a freír los huevos y el jamón; sirvió el café y el vodka, y, por último, cantó la melodía favorita de su dueño, tratando de ani-

marle. Adam, mientras, se sentó a ver qué decían las noticias. La pared se iluminó de titulares y textos.

Bueno, todo seguía igual. Las mismas y aburridas cosas de siempre. Tres meses no suponen nada, desde luego, pero Adam Blake, el antiguamente famoso Adam Blake —dos veces Periodista del Año— tenía alguna oculta esperanza de encontrarse con algo nuevo. Descubrimiento de un aparato, o lo que fuese, que evitara la contaminación sonora; reducción del impuesto de la renta...

Apagó el periódico, se sentó junto a la mesa para comer un bocado y... en ese instante —tan oportuno como siempre— sonó el timbre y aparecieron las ondas que, finalmente, dieron paso a la inconfundible figura de Big-Check.

—¡Hola, Adam! ¿Qué tal te han sentado esos años de vacaciones?

—Tres meses, director; solo tres cortos y fugaces meses, tras dos años sin dejar de trabajar un solo día.

—¿Has ojeado ya el periódico?

—Sí.

—¿Y bien?... —La cara de Big-Check, tan obesa y meliflua como su figura, expresó algo de orgullo, algo de suficiencia—. ¿No has visto nada interesante?...

—La verdad: no. He encontrado el *American* tan aburrido como siempre. Ya se lo he dicho muchas veces: falta dinamismo. La sección informativa está en manos de una partida de ineptos. Si quisiera, yo podría...

Y Adam sintió nacer una levísima esperanza en su alma al ver cómo una luz pequeñita salía de los ojillos de su jefe. Quizá este era el momento tantas veces soñado.

—Adam, verás... Tú, no sé cómo decírtelo... —Big-Check buscaba trabajosamente las palabras...—. El caso es que has tenido ya muchas oportunidades.

Y Big-Check dejó de buscar palabras. Y la lucecita que había visto Adam se fue tan lejos que no la volvería a ver jamás.

—Tienes que traerme para la tarde un reportaje sobre la muerte de James Bond. Palmó anoche, en la Luna...

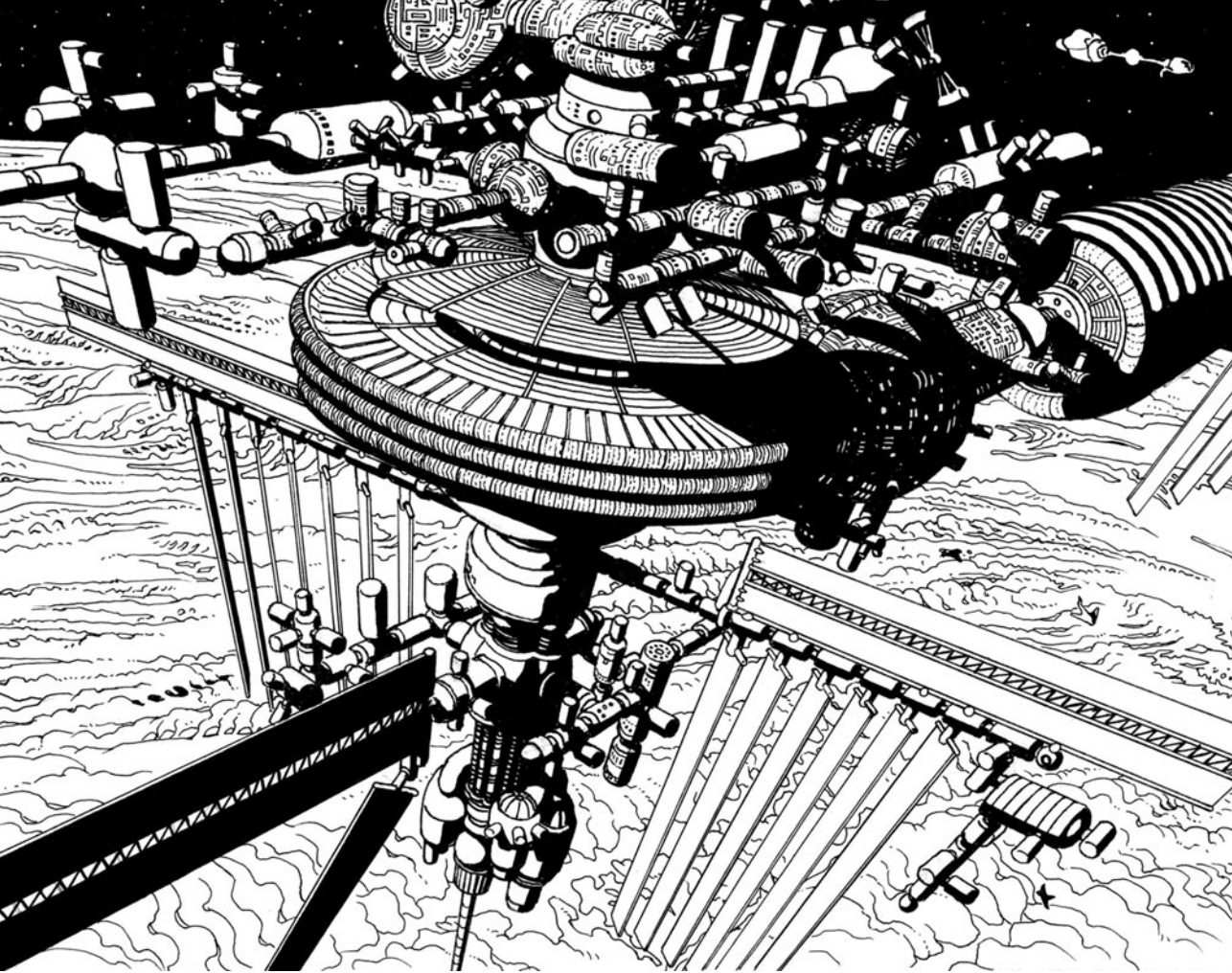
—¡Vaya noticia!... ¡James Bond!... ¿Pero a quién puede interesarle un asunto así?

—Ya sabes que fue un tipo famoso en el pasado —dijo la «sebosa forma».

—Y, además, ¡en la Luna!... ¿No hay algo más aburrido?

Big-Check calló.





—De acuerdo —murmuró Adam—. Esta noche tendrá el reportaje.

—Dije por la tarde, Blake.

La blanca cara del director del *American Herald* se perdió en el aire.

Adam oyó que la mesa le llamaba y que volvía a cantar su canción favorita, la de «Oh, muchachos,



hacedme caso, no peleéis nunca por una mujer, hay demasiadas y son todas iguales...».

EL COHETE DE LAS ONCE y quince partió con la habitual puntualidad de la compañía. Adam se pasó casi todo el viaje en el *snack*, salvo un rato que se metió en la

sala de cine, a ver un film de Bogart, sin color, muy antiguo —de Bogart, claro—, pero que resultaba sumamente entretenido. Aquellas cosas que les decía a las mujeres, uf, seguían siendo algo grande.

La Luna era insoportable. Blake no se explicaba esa emigración de los nuevos ricos. Por muy de buen tono que resultara tener una casa allí, llegaba a ser incomodísimo ir con la mascarilla a todas horas, salvo que uno se encerrara a ver televisión; pero para hacer eso no iba uno allá arriba...

El taxi-bólide se deslizaba rápido por el monorraíl. El tendido de Vía Appia II era bastante bueno y seguro. A eso de las cinco, Adam llegó a Wells City, zona residencial de relativa importancia. Apenas un centenar de personas vivían allí. Desde luego, tranquilidad no les faltaba. Eso, sí. Pero la tranquilidad en la Luna era algo que hacía dinámica la Palm Springs californiana de mediados del siglo XX.

«007» ERA UNA SUNTUOSA mansión, del tipo de las casas de campo inglesas del siglo XX. Un par de chimeneas. Tejados de pizarra, suelos de mármol, escaleras de madera... Estaba claro que James Bond se había quedado en su tiempo. Bueno, lo hacían muchos. También

Adam seguía viviendo como el Adam de los años dorados. Como aquel Adam que logró la fama al regresar del país de Irás y No Volverás. Aquel Adam que obtuvo el *News Report Prize*. ¡Quién lo diría ahora!

Lady Moneypenny —cabellos blancos recogidos en un moño, aspecto saludable a pesar de sus casi cien años— se limpió una lágrima que rodaba por su mejilla. Junto a la chimenea, apagada, le contó a Adam los últimos días de Bond.

—Todo empezó a las pocas semanas de casarnos. Ahora pienso que nuestro matrimonio fue un error. Pero él me necesitaba, ¿sabe? ¡Estaba tan solo! La nostalgia, a estas edades, es peligrosa... Pero creo, de cualquier forma, que cometió un error llamándome a su lado.

Adam y Lady Moneypenny bajaron a la cripta de la mansión. Era un nicho sencillo, blanco. «Bond», en letras doradas. Debajo, en minúsculas, un breve epitafio: «Siempre tuvo licencia para matar».

De James Bond, Adam conocía algo. Fue uno de los cultos más fascinantes de la absurda cultura del pasado siglo. ¡Como si nunca hubieran existido superhéroes fascistas en América o Europa que pudieran matar impunemente...! Bond fue un «duro» inglés, un agente secreto —el 007— al servicio del Imperio Británico (¡qué lejos quedaba eso del Imperio Britá-

nico!). Educado, elegante, cruel, mujeriego, el tal James Bond no pasó de ser un empleadillo más de los gabinetes políticos de Occidente (¡Cristo, lo de Occidente sonaba casi a prehistoria!). Gracias a la propaganda, los hombres de varias décadas atrás —los manejados, neuróticos e infelices seres del pasado siglo— acogieron a Bond como un semidiós.

—En realidad —dijo Adam—, James no pasó de ser un asesino protegido por la ley.

—¡Oh! ¿De verdad cree usted eso? —contestó la Lady.

—Por supuesto.

—La gente estaba con él. —Y Lady Money Penny volvió a sollozar.

Subieron al salón. Un criado con calzas, zapatos de hebillas y librea, sirvió el té.

—Antes le he dicho, señora —habló Blake—, que a James le protegió la ley. Quisiera precisar. Quien le avaló fue toda la moralidad (y la mentalidad) de más de medio mundo. Bond, en el fondo, defendía el televisor, el coche y el *bienestar* de las gentes de esa época. Hasta que todo cambió, claro.

—Pero recuerde, amigo, que luego James intentó asesinar a personas de la Cámara de los Lores y del Senado norteamericano....

—Y no le dejaron... —añadió Adam.

Visto el poco interés que tenía todo aquello, Blake decidió largarse. Moneypenny le acompañó a la puerta. También salieron a despedirle dos vejstorios: Q, el antiguo armero de James, y M, su jefe durante tantos años.

Adam quiso conocer las últimas palabras del héroe.

—Bueno, nos llamó a todos a su lado —dijo Q—, y, tras mirarnos detenidamente, nos dijo: «¡Oh, muchos, todo es una juerga, creedme, todo es una juerga». Luego silbó el tema que le hizo tan famoso y murió.

«BIEN, AL MENOS dijo algo inteligente.... ¡Todo es una juerga!... No está nada mal...», iba pensando Adam mientras el monorraíl le llevaba al aeropuerto espacial.

El por qué aquellas palabras habían producido un impacto en Blake estaba claro. Una buena parte de sí mismo quedaba resumida en esa filosofía. De no ser todo una juerga, Adam seguiría siendo una «estrella» del periodismo, y no lo que era ahora: un miserable empleado del *American*, de aquella sucia *ratonera* que atendía al nombre de «Amazing Stories».